

OBRA: EL CARRO DE LA SEGOVIANA

PSEUDÓNIMO: ASTARLOA

*A mis primos.*

El carro de la Segoviana, cargado hasta los topes de dulces y de caramelos, marcaba el apacible ritmo del verano en Los Molinos. El carretón era un artefacto con dos grandes ruedas, fabricado de madera y con la pintura desconchada, que recorría la calla Real sin ninguna prisa a la caída de la tarde.

Cuando el sol se ocultaba tras el oscuro muro de la sierra, la Segoviana salía de su cueva, una pequeña casa junto al tosco campanario de la iglesia, y bajaba con cuidado hasta la Fuente del León con su azucarado cargamento. A un lado de la carretera, exponía su mercancía bajo un cristal arañado por las desgastadas monedas. Para nosotros, los niños que montábamos a todas horas en bicicleta por las calles del pueblo, la Segoviana no tenía nombre ni apellidos. Era sólo la Segoviana, la que vendía los regalices rojos o las piruletas de colores que comprábamos a peseta. Pocas veces la mirábamos a los ojos, excepto cuando nos devolvía el cambio o nos pedía que nos decidiéramos en nuestras compras indecisas.

Entonces el reloj parecía no tener ninguna urgencia. Había tiempo para todo y los días parecían elásticos como chicles de goma. Por la mañana, solíamos ir al puente Verde a bañarnos en el río Guadarrama o a la piscina de Evaristo para tirarnos de cabeza desde el trampolín olímpico. Si llovía o estaba

nublado, nos poníamos el chubasquero plegable e íbamos a coger moras negras y recién lavadas, que crecían silvestres entre las tapias de los huertos. En la tediosa hora de la siesta, cogíamos la bicicleta de nuevo y dábamos vueltas sin cesar alrededor del Torreón o bajábamos hasta la ermita de san José para sentarnos en el poyo de la puerta. Mientras la tarde se desmayaba tras las montañas, solíamos ir a Majalastablas para subirnos a las rocas de formas maravillosas o jugábamos al fútbol en el polvoriento campo de Las Eras.

Cuando regresábamos al pueblo en el ocaso, sedientos y exhaustos como soldados tras una guerra, nos esperaban el agua fresca de la Fuente del León y el tentador carro de la Segoviana. Con las pocas monedas que teníamos en los bolsillos del pantalón corto, comprábamos todas las chucherías que podíamos y las compartíamos sentados en un banco de madera o en los hierros de la plaza de toros.

Un verano, sin saber bien por qué, perdimos interés por la Segoviana y su carrito de madera. Como otros muchachos de nuestra edad, decidimos mudarnos al puesto de Nieves, al otro lado del pueblo, en el cruce de la cuesta de la estación. Sentados en inestables tocones de madera, pasábamos la tarde tomando helados de Frigo o comiendo pipas hasta tener los labios agrietados. De fondo, como banda sonora de aquel verano del *cambio*, sonaba el disco de Miguel Ríos dando la bienvenida a los hijos del rock and roll, mientras íbamos olvidando las carreras de bicicleta, los caramelos de menta o los bocadillos de mortadela.

De vez en cuando, pasaba veloz una motocicleta conducida por una muchacha morena y menuda, que vivía en los chalés de la Cañada. Era la chica que me gustaba, mi amor secreto, quizás porque siempre la veía fugaz e inaccesible. Solía vestir una camiseta de tirantes y un pantalón corto de color amarillo. También recuerdo que otra de esas amazonas con casco, en una tarde de excesivo calor, se estrelló en la cuesta de la calle Calvario. Una cruz de granito, muda y olvidada, todavía la recuerda en silencio. A veces, el cegador sol del verano escondía en secreto tragedias de este tipo.

De repente, a la vuelta de otras vacaciones, la Segoviana ya no estaba en calle Real o, por lo menos, ni siquiera nos fijamos en su carretón de madera. Éramos jóvenes y nos importaban un bledo los chupachús Kojak, los gusanitos Risi o los interminables martillos de fresa. Algunos de nosotros estaban ya trabajando para ganarse la vida y otros estábamos aún en la universidad, a vueltas con los libros y con las notas. A todos, por supuesto, nos encantaba salir de noche y odiábamos la tarde con sus insulsos paseos para niños. Conversar animadamente en el Chiringuito bajo la luz eléctrica de las bombillas o bailar en el Hache junto a nuestras amigas, era el principal afán de nuestras salidas nocturnas, que muchas veces se extendían hasta el amanecer del día siguiente.

Después el tiempo nos fue separando a los amigos de la panda. Ya no pasábamos todo el verano juntos en el pueblo, sino que nos veíamos solo de vez en cuando, por algún cumpleaños o casi siempre por las fiestas de

septiembre. *A la hora de costumbre* en los encierros o *a las doce de la noche* en los fuegos artificiales de la plaza.

En esas reuniones no solíamos hablar de la Segoviana ni de sus piruletas que nos dejaban siempre la lengua roja, sino que nos saludábamos efusivamente entre fuertes abrazos y besos de alegría. Luego, en grupos más reducidos, seguíamos hablando de nuestros asuntos, de cómo nos iba la vida, para ponernos sobre todo al día. Sin embargo, paulatinamente, empezábamos a hablar de temas más serios y graves. Había divorcios y separaciones entre nosotros, despidos de trabajo injustos y traumáticos, hijos a los que había costado nacer o que ni siquiera lo habían hecho, alguna depresión inoportuna y suicida, problemas con el alcohol o con las drogas ... Cada uno de nosotros arrastraba una carga pesada y silenciosa, pero a los amigos de siempre le contábamos todo abiertamente, con la voz libre, tras beber unas cuantas cervezas amargas.

Mientras tanto, el carretón de la Segoviana, con sus caramelos y sus piruletas, parecía para siempre desterrado de nuestras conversaciones y, por supuesto, de nuestra memoria. Sin embargo hoy, al regresar a Los Molinos, me he acordado por casualidad de ella y de su carro repleto de golosinas.

He viajado solo en un atardecer invernal y ensombrecido. Mi hijo se ha hecho mayor y no ha querido acompañarme. Mi mujer trabaja hasta tarde en Madrid y no la veré hasta que cenemos juntos en la antigua Fábrica de Hielo. Para hacer tiempo, he decidido pasear por las solitarias calles del pueblo. Está

nevando copiosamente y sopla una ventisca gélida y cortante. Por la desolada ladera de *La Peñota*, desciende un ventisca violenta y despiadada, enemiga de los hombres. Las ruedas de los coches dejan surcos negros en la nieve blanca, que solo deseaba cuajar con inocencia en la carretera mal asfaltada. La nieve ya no me emociona, no me hace llorar como antes, no la anhelo con esperanza; solo me molesta mientras me golpea en la cara, una y otra vez, como diminutas chinchetas de acero.

Cuando paso a la altura de la Fuente del León, por azar o por nostalgia, me acuerdo del carro de la Segoviana y creo que solo veo la imagen borrosa de un fantasma, de una sombra desvalida y sin fuerzas, perdida en la nebulosa de otra época... ¿Qué habrá sido de esa mujer? ¿Escolástica de Pablos, creo que se llamaba?

Mi madre me contó una vez que era muy amiga de mi abuela, que de muchacha trabajó de criada en una casa, que se casó con Ladislao y que tuvo una hija llamada María del Carmen, que finalmente terminó poniendo el puesto de las chucherías en su casa, al lado de la iglesia...

Luego el tiempo desmemoriado la fue separando paulatinamente de nuestras vidas. Menos mal que el sabor de un lejano regaliz rojo, que me costó tan solo una peseta de las de entonces, todavía endulza mi boca para recuperarla...

A ella y a mi infancia.

